

Roberto Arlt. Innovación y compromiso. La obra narrativa y periodística, Rita Gnutzmann, *Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, Edicions de la Universitat de Lleida, 2004, 214 pp.*

Con una permanencia notable, la obra de Roberto Arlt se ha impuesto en los catálogos académicos de los dos últimos decenios. No es ajena a esa consolidación la autora de esta monografía, Rita Gnutzmann, a quien debemos sabrosas reflexiones en torno al planeta arltiano. A su modo de ver, los escritos del argentino ya disfrutaban de un probado reconocimiento internacional; una fama que se cifra en reimpressiones y traducciones, trabajos críticos y ponencias congresuales.

La ensayista se reserva el privilegio de abreviar el estado de dicha materia con nuevas anotaciones, que ahora añade a las que ya entregó a revistas especializadas. A partir de su libro *Roberto Arlt o el arte del calidoscopio* (Universidad del País Vasco, 1984) y de su edición de *El juguete rabioso* (Cátedra, 1985), Gnutzmann diseña un provechoso compendio en el que sintetiza la alucinada existencia del novelista y las reservas literarias que él nos hizo estimar.

Por orden biográfico y argumental, la autora tantea cuanto cae bajo su vista y fija las correspon-

dencias más delicadas. A decir verdad, su esfuerzo, de una pedagogía excepcional, se encamina a relanzar los estudios sobre Arlt en España. Frente a las opiniones más optimistas y conciliadoras, ella no cree que el escritor haya ocupado el lugar que le corresponde en nuestras bibliotecas. Por supuesto, disponemos de las ediciones que lanzó Cátedra de *El juguete rabioso* y *Los siete locos*, de los cuentos reunidos por la editorial Montesiños, e incluso de unas malogradas obras completas en Bruguera. Pero todo ello no insinúa grandes triunfos. Para garantizar esta decepción, Gnutzmann expone con escándalo una prueba circunstancial: en 1983, un famoso crítico español rechazó editar un libro sobre Arlt, reconociendo que no sabía «quién es Roberto Arlt; y aunque, obviamente, podría averiguarlo (suena a novelista americano), claro está que no es viable confundir (...) un libro sobre un escritor de quien ni el mismo director de la colección tiene la menor noticia».

A partir de este texto, se miden franjas inexploradas en el dominio arltiano; aún más llamativas frente a la insistencia de los críticos en cuestiones ya sabidas. Resulta claro que, en este acarreo de novedades y reiteraciones, Gnutzmann prefiere descubrir facetas originales. Dentro de estas últimas, por ejemplo, cabe resca-

tar el matiz político de las *agua-fuertes*, donde hallamos que su autor simpatizaba con el obrero, pero discrepaba con la radicalidad jacobina. Esto es algo tomado al pie de la letra en sus textos —ecuánimes, y por consiguiente, llamativos— sobre la tragedia española de 1936: «En los actuales momentos —escribe— se cumple una obra de exterminio, en la cual si triunfan las fuerzas del Frente Popular de Izquierdas, incubarán vertiginosamente la clásica etapa del Terror Rojo con la consiguiente dictadura de extrema izquierda (...) Si, en cambio, llegara a triunfar el movimiento revolucionario de las Derechas (...) las Izquierdas verán caer su cabeza».

De este volumen, amplio y escrupuloso, se deduce hasta qué punto puede ser prematuro trazar un boceto definitivo de Arlt. En última instancia, siempre caben ciertas cautelas. Por ejemplo, Gnutzmann recomienda prudencia antes de verlo como el fundador exclusivo de la modernidad literaria rioplatense, y advierte de los novedosos esfuerzos que, por aquellas fechas, ya concibieron Nicolás Olivari, Enrique Santos Discépolo y Raúl González Tuñón. De igual modo, frente a quienes familiarizan en exceso al escritor con la situación sociopolítica de Argentina —ya se sabe: el sentido literal que constituye un

sentido único—, ella subraya que la inquietud principal de Arlt fue de orden metafísico; esto es, de encasillamiento sutil y poéticamente memorable.

Hay otros aspectos de interés en cada categoría de esta entrega. Ahora bien, donde la autora discurre más cómodamente es en el campo del estilo, lleno esta vez de diminutos pormenores. Gnutzmann realiza un vaciado del discurso interior arltiano y lo rellena con la vigorosa vena de dramaturgo que distinguió al narrador. Por la misma vía, en coincidencia con una mayoría de estudiosos, insiste en elogiar la irregularidad de su lenguaje —antaño diagnosticada como signo de escasa formación escolar o como un pernicioso efecto de las traducciones baratas—, y redescubre en Arlt el famoso *contraestilo*, rico en cromatismos vocales y remisiones populares.

Ficciones en las fronteras de la ley. Una antología comentada para maleducados, extraviados y extranjeros (literatura y homosexualidad), Santiago Esteso Martínez, Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, 2004, 156 pp.

Por motivos dudosamente accidentales, el género policial y el

concepto de homosexualidad se entreveran en una fecha similar. Lo recuerda el argentino Santiago Esteso, quien introduce el relato *Los crímenes de la calle Morgue* (1841) en la misma cuadrícula del calendario donde figura, entre signos de exclamación, la voz novedosa del *homosexualismo*. Según conviene a los prejuicios de la época, este último invento, acuñado entre 1864 y 1869, no excluye un paradójico sentido: el mismo que antaño fue masculado por censores de mandíbulas rechinantes. En todo caso, el ensayista nos recuerda que el término, tal como hoy lo conocemos, no existía antes de 1869. Es más: la ciencia y los funcionarios carecían de una categoría que identificase, «desde perspectivas más o menos expertas, racionales y liberales, aquel tipo particular de objeto», aquel comportamiento que, una vez registrado en el cuaderno moralista, padeció el largo hábito de figurar al margen de la *norma*. Se entiende que, bajo una pupila dilatada, dicho *desvío* fue asimilándose a las otras extravagancias que conforman el desconchado edificio del relato policial, hogar de solitarios, buscavidas y rufianes.

Como visitante de esta ficticia marginalidad, Esteso debe la óptima temperatura de su investigación a valiosos predecesores. Por ejemplo, Hans Mayer, quien com-

puso la *Historia maldita de la literatura* con el deseo de analizar un buen puñado de casos literarios en los que, entre otros encasillamientos, también salía a relucir la cuestión homosexual. En esta oportunidad, el ensayista prefiere investigar algunos de los modos en que el asunto, formulado de forma escandalosa o marginal, se tradujo en la literatura cubana posterior a 1959.

Esta exigencia de macizos prototipos tuvo, desde luego, una consecuencia en los métodos revolucionarios. Limitando cada figura, este encadenamiento de los prejuicios político-sexuales fue ordenado según la pertinencia de sus eslabones. Para los autores que se reconocieron en el nuevo régimen, las intrigas poliacas no funcionaron como ficciones liberadoras, sino como reinscripciones de «las perversiones sociales y sexuales en el campo de la delincuencia, de los sujetos y las prácticas que deben ser vigilados y castigados». Las razones de este proceder deben buscarse en una evidencia organizativa: la Revolución actuó como hendidura, a partir de la cual se fundó un estado nuevo, con nuevas normas y nuevas declinaciones.

Dentro del castrismo inicial, el cortejo entre personas del mismo sexo fue un gesto inasimilable. Cuenta Esteso que el 30 de abril

de 1971, poco después de la auto-crítica del poeta Heberto Padilla, el I Congreso de Educación y Cultura celebrado en La Habana arremetió contra el «homosexualismo», al que definió con dos agravios: el de ser una conducta contrarrevolucionaria y el de convertirse en una patología social. Al igual que otros individuos «pecaminosos», también los *gays* padecieron el internamiento en los campos de las UMAP. Al fin y al cabo, nunca encajaron en esa conciencia del hombre nuevo que el Che diseñó cual verdad revelada, como un místico que intenta explicar sus arrebatos.

Abundaron en el proceso revolucionario las disposiciones agresivamente homófobas, y ese prejuicio, en su forma empírica, fue asimismo aplicado por los encargados de la educación de las masas. En clave de ingeniería social, muchos defendieron el papel articulador que representaba este convencionalismo virilizante en el campo cultural isleño. Entre ellos, los autores de novela negra, una variedad narrativa que, por vía popular, desempeñó un papel crucial en lo que Esteso define como «el debate y la estabilización de un discurso jurídico en torno del delito y sus protagonistas en la Cuba de la revolución socialista».

Al compás institucional, el género prosperó en el ámbito del

concurso *Aniversario del Triunfo de la Revolución*, convocado a partir de 1971 por la Dirección política del Ministerio del Interior. Con voluntad didáctica, la literatura policial fue usada desde entonces como un instrumento educativo, bajo el cual también se prescribía un coherente código machista. Si se tiene en cuenta que para fijar una inflexión en este modelo hay que esperar hasta la tirada del relato *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*, de Senel Paz –fundamento de la película *Fresa y chocolate* (1993), de Tomás Gutiérrez Alea–, queda bien claro que esta homofobia verde olivo tuvo un largo y deplorable trámite.

La casa y el viento, Héctor Tizón, Alfabara, Buenos Aires, 2004, 175 pp.

El propio Héctor Tizón admite las capas de lectura que ha ido acumulando esta novela desde que fuera editada en 1984. Por deslizamiento histórico, las nuevas ediciones han favorecido la juntura de nuevos comentarios, siempre con una mirada atenta por lo que cada página retiene de memoria personal. De hecho, evocando la primera redacción de la obra (1982), el narrador argentino determina el

carácter pesimista de esa fecha: «Por aquellos días –escribe– nuestro pasado eran los muertos y sólo nos movilizaba el rencor y la nostalgia, que es ambigua y oscura.» Desde luego, este sentimiento es el que mejor afina el tono de su obra, cuyas virtudes son expresivas – tersura de estilo, idónea para serenar aflicciones profundas– y asimismo éticas; moduladas en la frecuencia de un exilio que araña la identidad del narrador: «Desde que me negué a dormir entre violentos y asesinos –dice–, los años pasan».

Aun cayendo en la causalidad más prosaica –subrayo, por descontado, el compromiso ideológico–, lo cierto es que el análisis de esta ficción permite atribuirle significados que descubren, a manera de envés existencial, el auténtico ademán del novelista. Compartamos, pues, las emociones del autor. Allí donde el personaje central escapa de su temible inmediatez, la

lectura prescribe una atribución simultánea de opiniones, achacables a la criatura literaria y también a su creador. Ejemplo de intimidad privilegiada: «Cuando decidí partir, dejar lo que amaba y era mío, sabía que era para siempre, que no iba a ser una simple ausencia sino un acto irreparable, penoso y vergonzante, como una fuga».

En el mundo inventado por Tizón, todo es huidizo y frágil. Los camiones enfilan hacia un Oeste cuyo horizonte, poco diferenciado, se desplaza sin remedio. Los cuerpos, «hechuras de almas errantes», depositan su aliento en el interior de la memoria. En el fondo, el desterrado alcanza su forma más genuina cuando la escena se carga de inconsistencias. Su derrota, en este plano, no es más que otra cualidad espectral.

Guzmán Urrero Peña